

RECREACIÓN LITERARIA DE UN RITO DE PASO

LAURA YOLANDA CORDERO GAMBOA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

En 1965, Rosario Castellanos participa en el ciclo de conferencias “Los narradores ante el público”, organizado por Difusión Cultural de la UNAM, con un fragmento de la novela *Rito de iniciación*. Parecía entusiasmada con ella, pues la anuncia como la primera de una serie de narraciones relativas a temas capitalinos y distribuye copias entre algunos amigos: Raúl Ortiz y Ortiz, Emilio Carballido, Margarita García Flores y Elsa Cecilia Frost.

Pero poco tiempo después, Castellanos se da a la tarea de recuperar los manuscritos que había entregado y los destruye todos, y en 1969 cancela la publicación del proyecto. Sus razones se desconocen, pues nunca concedió explicaciones; pero se ha dicho que los comentarios por parte de alguno de sus compañeros fueron devastadores.

Treinta años después, en 1995, cuando la Biblioteca México y el Instituto Nacional de Bellas Artes preparaban un homenaje nacional a Castellanos, Eduardo Mejía, encargado de recopilar y organizar parte del material gráfico, encuentra el manuscrito de *Rito de iniciación* entre objetos personales de la escritora que hasta ese momento se encontraban en una bodega. Dos años después aparece publicada con el sello de Alfaguara.

La novela inicia cuando Cecilia Rojas, personaje central, se muda de la provincia a la ciudad de México con el fin de estudiar una carrera universitaria. Ya instalada en la capital y una vez

inmersa en el ritmo cotidiano, ésta le parece tan grande e impredecible que le resulta casi inhabitable. Y después de interactuar con algunos capitalinos, Cecilia repentinamente descubre que sus propios hábitos, su forma de pensar, de sentir y de ser, no sólo no corresponden con el momento y lugar en el que se encuentra, sino que tampoco han dejado de corresponder a los de una adolescente.

Rito de iniciación, efectivamente tiene que ver con la iniciación y el aprendizaje de Cecilia en diferentes medios y situaciones: el mundo urbano, el ambiente universitario, los capitalinos, la amistad, el amor, el sexo, el lenguaje y la escritura, entre otros. Sin embargo, el aspecto de la narración que nos interesa mostrar es la gran transformación que sucede en Cecilia a nivel personal e íntimo. El personaje vive una serie de mutaciones correspondientes a una etapa transitoria, la cual se ubica entre el mundo infantil y el adulto: la adolescencia. Por otra parte, considero que los elementos que favorecen el cambio, la manera en que éste se manifiesta, así como el proceso de transformación que el personaje va llevando a cabo, poseen la estructura fundamental de un rito de paso.

De acuerdo a Víctor Turner, los rituales son el medio a través del cual las sociedades se adaptan a cambios internos o externos, personales o colectivos, y cuya complejidad depende de la estratificación de la sociedad en la que éste se lleva a cabo. Por su parte, Arnold van Gennep emplea el término “rito de paso” para indicar y establecer “transiciones entre estados distintos” (Turner, 1980: 103); el hombre no sólo recurre a los ritos de paso en un momento culturalmente decisivo, sino que también acude a ellos para realizar cualquier tipo de cambio, sea éste “de lugar, de posición social, de estado o de edad” (1980: 104).

Un rito de paso señala un cambio de estado en la persona y ayuda a que éste se realice. Ahora bien, para van Gennep este cambio se alcanza a través de tres fases. En la primera, llamada

separación, el individuo experimenta un distanciamiento con respecto a su estado o situación anterior dentro de la estructura social. En la segunda, llamada *liminar*, el estado del individuo es ambiguo, ya que encuentra muy pocos atributos tanto en el estado anterior como en el venidero. En la última fase, llamada *agregación*, el individuo ha alcanzado un nuevo estado a través del rito.

Desde que comienza la novela, lo primero que se dice al lector es que el personaje de Cecilia, provinciana de diecinueve años, vive una etapa de transición. El criterio a partir del cual una sociedad llega a determinar lo anterior, está dado en función de los cambios externos de la persona; éstos, que en Cecilia se manifiestan como cambios hormonales y corporales, muestran que la chica finaliza el periodo de la adolescencia e inicia la etapa adulta. Lo anterior queda resumido en la siguiente afirmación del narrador:

Según todos los signos exteriores –signos cuyo desciframiento se arrogaban los otros– había llegado para Cecilia el momento de despojarse de los disfraces de la infancia para escoger el rostro definitivo del adulto. (Castellanos, 1997: 14)

La tarea de Cecilia, más que superar una etapa, es conocerse como persona, asumirse como una mujer y saber su lugar y función dentro de la sociedad; es decir, debe construir su propia identidad.

Fase de separación

El periodo de adolescencia se caracteriza por una serie de cambios físicos y mentales. Durante esta fase, la percepción y el universo emocional cambian causando confusiones simultáneas al interior y al exterior del adolescente, pues al mismo tiempo que modifican la imagen propia, alteran la visión que se tenía del mundo y de las personas. Pero no es que el curso natural de las cosas se haya invertido o que el mundo se haya vuelto más complejo de repente

y de la nada, sino que el adolescente por primera vez comienza a ver aspectos nunca antes vistos, fuera porque no los tomaba en cuenta por considerarlos irrelevantes, o porque era incapaz de percibirlos.

En su ensayo "El héroe adolescente en las literaturas alemana y latinoamericana", Horst Nitschack considera a la adolescencia como: "La toma de conciencia de la confrontación del joven con un mundo desconocido, nuevo, fuera del ámbito familiar [...] [uno] que hace que se derrumbe el mundo de su infancia" (Nitschack, 1996: 120). Claro que, previa a esa confrontación, es necesaria una nueva perspectiva que transforme el universo del adolescente. En Cecilia esta perspectiva se origina a partir del abandono de la casa familiar y de su arribo a la ciudad de México.

El narrador aprovecha las diferencias entre ambos espacios para jugar con sus características y con los atributos de la muchacha, además, consciente de que la separación se da a dos niveles, se refiere a ésta en dos sentidos: como un cambio geográfico y físico, y como uno interno y personal.

Al mudarse de provincia, Cecilia no sólo deja atrás a sus padres y su hogar, sino sobre todo, un conjunto de hábitos y una forma de ser. El nuevo espacio, representado en la ciudad de México, le ofrece una visión diversa, compleja y, en un principio, hasta incomprendible de la realidad; produciéndose en ella un distanciamiento respecto de su mundo conocido: el familiar y el provinciano.

En la provincia, Cecilia creía tener una identidad que la diferenciaba del resto de las personas, que la hacía única. Sin embargo, ya en la ciudad se da cuenta de no que pasa de ser una joven más y de que en este lugar su visión del mundo y de sí misma le resulta inútil. La cruel revelación de no ser lo que quiere y que se le exige ser la arroja a una dolorosa búsqueda de sí misma, en la que el espacio es fundamental; pues es en la ciudad donde se da cuenta de que no ha recodificado su mundo, es decir, de que no ha roto con la adolescencia.

El hecho de saber que aún no ha consolidado su identidad no se le hubiera mostrado en provincia con la misma intensidad y crudeza con que se le mostró en la ciudad de México. Pero no sólo la intensidad de la experiencia hubiera variado, la misma vivencia en su lugar de origen habría tomado más tiempo en mostrarsele. La ciudad, más que un escenario influye decisivamente en la transformación de Cecilia:

La ciudad fue, para Cecilia, la revelación brutal de su propio anonimato. En la mirada perentoria de los demás [...] en la prisa que no se detiene a reconocer, en la distracción que confunde todos los objetos y los superpone, se borraba, se desvanecía su imagen. (1997: 49)

La importancia de la fase de separación se encuentra en las dudas que provoca la nueva visión de los hechos en el personaje, dudas que restan seguridad a lo que creía estable y fundamentado y en que esa inseguridad obligará a Cecilia a replantearse su universo. Las palabras de Nitschack lo sintetizan mejor: “Esta separación solo tiene importancia en la medida en que abre un nuevo espacio para el adolescente, un espacio que se sustrae a la codificación del mundo paternal”. (: 122)

Hasta este momento, la ciudad ha revelado a Cecilia su falta de identidad reflejada tanto en la carencia de criterios propios a partir de los cuales valorar los sucesos que tienen lugar en su vida, como en el reducido número de posibilidades que tiene para adaptarse a nuevas circunstancias y para solucionar las eventualidades que van aconteciéndole.

Fase liminar

La segunda fase, llamada liminar, es la más importante, ya que durante ella se realiza el proceso de transición del personaje; es

el momento en que la joven se confronta con ella misma y con el mundo, a la vez que elige los mecanismos que la ayudarán en su transformación.

El lenguaje es el elemento que mayor importancia tiene dentro de esta fase, pues éste permite a las personas situarse en el mundo así como expresar lo que quieren, lo que sienten, lo que piensan, lo que creen y lo que recuerdan. No es ningún elemento externo al hombre sino que es parte íntima de él; por eso, cuando una persona enfrenta una crisis, el lenguaje la acompaña durante ella.

Esta transición exige una resignificación del mundo y de la persona misma, que inicia desde el lenguaje y culmina en él, pues a través de éste se cuestiona Cecilia y, a su vez, ella cuestiona al lenguaje, su alcance y su finalidad. Al hablar de resignificación quiero decir que al lenguaje hay que hacerlo propio e interiorizarlo, hay que actualizar su sentido, pues el que hasta entonces había bastado al personaje para nombrarse, reconocerse y definirse, ahora resulta insuficiente. En este sentido, para Cecilia la adolescencia es ante todo una búsqueda del sentido de las palabras, de las cosas, de las personas y de sí misma.

Cecilia se preguntaba qué diablos era lo que estaba pasando: si sus experiencias se habían vuelto más complicadas, tanto que se colocaban en un nivel hasta donde no alcanzaban sus aptitudes verbales o si esas aptitudes habían disminuido o si estaba exigiendo de ellas nuevas cualidades de las que hasta entonces había prescindido o nunca hizo caso. (: 190)

Durante esta fase, las palabras parecieran poseer un sentido incompleto ya que no alcanzan a abarcar a Cecilia: "Soy. ¿Es acaso suficiente la enunciación de la primera persona del verbo ser? ¿Cómo se prueba que soy? ¿Quién soy? ¿De qué modo soy? ¿Cuándo soy? ¿Cuánto soy?" (: 53)

Cecilia poco a poco ha perdido las referencias de lo que ella era, lo cual es equivalente a perder u olvidar el nombre. Este hecho la torna ambigua ante los otros –porque es pero no se sabe qué es– y una total desconocida ante sí misma, al grado de creer que es nadie. La yuxtaposición de aspiraciones fomentadas, de valores inculcados y de gustos aprendidos que alguna vez conformaron la personalidad de Cecilia, ha sido reducida a una serie de elementos aislados e inútiles.

Sorda, a fuerza de sumergirse en un ruido sin tregua, Cecilia perdió la noción de su nombre. Quería distinguirlo entre tantas sílabas incoherentes; articularlo, restituirle esa espina dorsal que antes lo erguía y de la que ahora había sido despojado para someterse a un proceso de mimetización cuyo fin sería volverlo semejante a esa masa gelatinosa y amorfa a la que se reducían las palabras. (: 49-50)

Por otra parte, el hombre emplea el lenguaje en el intento de un acercamiento con lo nombrado, al pretender abolir distancias, así como al acceder a espacios o momentos impenetrables e incluso inexistentes, pues ni el conjunto de percepciones visuales, sensoriales o auditivas, ni la presencia física, son suficientes para intentar acercarse a las personas o a las cosas. Es necesario traducir a palabras toda experiencia.

Tal vez debido a esto, el narrador ve en el lenguaje uno de los pocos puentes que tratan de acercar a Cecilia con su mundo. Es decir, si bien las palabras están muy lejos de ser lo que ellas nombran, si tratan de ser el punto por medio del cual quien nombra se acerque a lo nombrado. Las palabras no sólo sirven para enunciar, también hacen posible el conocimiento, no son vibraciones sonoras que difumina el viento, sino que están en lo más profundo del hombre y en él permanecen como recuerdos, ideas, imágenes y sensaciones.

El nombre de Cecilia no designa lo que ella es, ya que la unidad que alguna vez existió entre ambos se ha disuelto por la confusión

propia del momento liminar. Algo es seguro: no sucede que las palabras sean insuficientes o inabarcables; sino que el personaje es incapaz de expresarse en forma adecuada, de servirse de ellas, precisamente porque no sabe nombrar lo que trae dentro de sí, porque, de hecho, cree que dentro de ella no hay nada que nombrar.

Una de las grandes revelaciones que tiene la joven en la metrópoli es la existencia de los otros, manifiestos como personas concretas y no como seres abstractos. Los otros son tanto las personas desconocidas que circulan por la metrópoli, como los amigos y familiares de la joven; pues al fin de cuentas todos ellos son diferentes a ella y, en este sentido, aportan la diferencia a partir de la cual Cecilia reafirmará su individualidad.

Sin embargo, se requiere algo más que la sola presencia de los otros. Se debe interactuar y debatir con éstos para, de esta forma, construirse a sí mismo, pues las diferencias existen pero resultan inútiles si no se les presta la debida atención y respeto.

El significado que el término "otro" tiene en la ciudad difiere del que tiene en provincia, pues mientras en este último espacio las personas suelen definirse por semejanza a los otros, en el primero lo hacen por diferencia. En provincia se tiende y se aspira a la homogeneidad y cuando alguien es diferente al resto, entonces si se refiere a él como al otro, al ajeno a uno; se valora más lo semejante y, en cambio aterran las diferencias.

Cecilia sabe que no es madura y que tampoco tiene una identidad, hasta que conversa con los otros, personas ante las que no puede evitar anularse. Acostumbrada a encontrar las pautas de su conducta y de su personalidad en la similitud del comportamiento de las personas, al encuentro con los capitalinos, quienes, vistos en conjunto, semejan una masa de elementos heterogéneos, ella no sabe qué actitudes imitar ni de quién.

Una vez que sale de su lugar de origen, la chica nota que aquellos rasgos por los que las personas la identificaban, como los lazos familiares, la historia peculiar de algún antecesor, alguna

anécdota personal o incluso la indumentaria, en la capital nadie les concede importancia. En la tranquilidad de la provincia, por ejemplo, bastaba con imitar las facciones y actitudes de su madre para que ante los demás apareciera como una mujer.

Por la experiencia que ha tenido, Cecilia sabe que la firmeza de una personalidad se pone a prueba en la interacción con los otros. Es decir, cuando, a pesar de que el contexto social y cultural cambia, la persona continúa siendo ella misma y cuando aprende a ser tolerante y respetuosa ante las diferencias y, en vez de juzgarlas, a partir de ellas incorpora nuevos elementos a la visión que tiene del mundo.

El mayor temor de la muchacha surge de su trato con los otros, pues le aterra pensar no poder distinguirse de ellos, vivir a su sombra, opacada por su presencia: “Tengo miedo de perderme, de confundirme con otro, con otros, de aniquilarme en medio de la multitud” (: 63).

El descubrimiento de unos dibujos hechos por un compañero de Cecilia le revelan un último aspecto relacionado con la identidad: la sexualidad. Los dibujos muestran, con minucioso detalle, la forma en que un animal entra en celo, el cortejo sexual, la reproducción y el sueño placentero en que culmina ese ritual. Este hecho fortuito le produce sentimientos encontrados: por un lado, le agrada haber dado con algo que nunca se permitió buscar y que, no obstante, siempre quiso encontrar:

Primero fue la alegría por haber encontrado, sin buscarlo (nunca se permitía esta búsqueda), la respuesta a muchas de las preguntas que su ignorancia no le permitía siquiera formular; por haber dado, al fin, con la figura para esas fantasías amorfas que la rondaban de noche. La curiosidad, que era en Cecilia una pasión dominante [...] había sido aceptada aquí íntegramente. (:130)

Conforme observa los dibujos, percibe con desconcierto que la distancia que había entre ella y éstos ha desaparecido. No es capaz de explicar cómo se anuló, sólo sabe que en su lugar ha surgido una sensación de placer que confirma la existencia y la presencia de esas imágenes en su interior. No fue necesario ningún aviso, pues por medio de los dibujos, Cecilia adquiere un nuevo conocimiento, manifestado en una percepción diferente respecto de sí misma y de las personas. Ahora es capaz de ver que no sólo los animales son seres sexuales sino que sus compañeros y ella misma también lo son:

Sin previo aviso, sin que ningún signo anunciara el cambio [...] comenzó a distinguir a unos de otros con una claridad insoportable, por el sexo. Los que la rodeaban eran hombres y mujeres, no entes abstractos [...] Cecilia misma se descubrió, como Eva en el paraíso, simultáneamente desnuda y vestida y experimentó algo más que vergüenza: la sensación de que cada una de sus células proclamaba, a todos los vientos, una marca de mujer que la exponía a la violencia de los deseos ajenos [...] (: 136)

Su forma de relacionarse con las personas no volverá a ser la misma. Ahora que sabe que el cuerpo es un código de comunicación, se asombra de no haber reconocido antes esos signos y considera que debe tener más cuidado con lo que hace, con la forma en que mira a los demás y con la manera en que se viste, pues cualquier gesto, movimiento o indumentaria, forman parte de ese lenguaje corporal:

¿Qué era antes el vestido sino una tela recortada y ceñida, la envoltura y la costra, la caparazón del cuerpo? Y hoy [...] la ropa se había convertido en una flama ardiente que proclamaba a gritos la condición más íntima de la persona, que delataba lo oculto y que invitaba al conocimiento, al disfrute, a la rapiña. (: 136)

Después de que había decidido enmudecer, porque creyó que en su persona no había nada que nombrar, y una vez que se convenció de que era nadie, una serie de voces nacen de su interior para emanciparla del silencio y de la negación a los que se había entregado. Esas voces revelan, para su sorpresa, no la carencia sino la existencia de muchas personalidades; las que, a pesar de encontrarse en una misma entidad, son irreconciliables. Por primera vez advierte que carece de una unidad mas no de una personalidad. “Era una serie de elementos, no unidos aún por un propósito común, sino añadidos por obra de la casualidad, como los organismos de las especies inferiores que evolucionan hacia la coherencia o perecen” (: 60). Después de una larga angustia, Cecilia finalmente reconoce algunos indicios de lo que ella es.

Al percatarse de que sí es alguien, se reafirma como persona y comienza a tomar conciencia de lo que es y de las causas por las que es de esa manera. Pero esta toma de conciencia y esta afirmación no se hubieran producido sin la anterior pérdida de la noción de sí misma. Es decir, fue preciso que se sintiera vacía y sin atributos para que Cecilia tuviera la necesidad de asomarse a su interior y de dialogar consigo misma, para de esta manera descubrir a una persona compleja con valores y tradiciones que explican su forma de ser.

Se da cuenta de que ya no es la misma precisamente porque su forma de pensar y de sentir no es nada parecida a la de antes. Y sabe algo aún más terrible: que por más esfuerzos que haga por ser como era, un cambio irreversible se ha gestado en ella:

Lo que yo espero es algo que va a producirse en mí, al través de mí, gracias a mí. Ignoro lo que es, si grande o mínimo, si adverso o favorable, y por eso mi expectación mezcla la impaciencia con el terror, con la alegría, con el ansia de fuga. No sabré qué es sino cuando todo se haya consumado y yo me haya consumido en ese acto único al que se me destina. (: 65)

En *Rito de iniciación*, el lenguaje y la identidad se poseen de manera simultánea; de tal manera que mientras Cecilia no haga propio su lenguaje tampoco podrá afianzar su identidad, ya que éste por sí solo no la expresa ni la significa, sino que es ella la que debe significarse a través de él y significarlo por sí misma. Hasta ahora, la chica posee varios conocimientos y varias experiencias, pero todavía ignora lo que debe hacer a partir de lo vivido para conformar su identidad.

Fase de agregación

Cecilia sabe que ha transitado un camino cuyo recorrido es personal e irreversible. Ninguna persona, aunque se encuentre en circunstancias idénticas, podrá realizar sus mismas acciones ni obtener resultados semejantes a los de ella; cada quien debe encontrar la forma y los medios para efectuar su propia transición, o lo que es lo mismo, nadie realiza un ritual de paso de la misma manera. "Lo único que sé y no debo olvidar sino tener presente a todas horas, es *que voy a entrar en un túnel*. ¿Puedo retroceder aún si he llegado tan lejos? Ya no. Y nadie puede seguirme. Porque el túnel es de mi uso exclusivamente particular" (: 363-364).

La seguridad que en este momento tiene la chica en sí misma le hace apreciar en forma diferente aquello que no comprendía y que la hacía sentirse insegura. Tal es el caso de la forma en que percibe la ciudad; ahora ya no le basta con ser habitante de la metrópoli sino que desea intervenir en los asuntos referentes a ésta, así como interactuar y conocer a quienes en ella habitan. El espacio en donde antes veía un caos y sentía una hostilidad, ahora puede entenderlo como un sistema de orden complejo al que aspira a conocer y ser parte de él:

Esta ciudad y yo seremos amigas [...] La relación amistosa es posible porque me he desprendido de su masa en la que estuve confundida tanto tiempo y me levanto como un ente autónomo, apto –no para el desafío– sino deseoso de contemplar, frente a frente, a la criatura hermosa, desnuda, inerme, lineal [...] Mentira su arbitrariedad, su capricho imprevisible e ineluctable. Detrás de la apariencia subyace el orden, la ley. (: 352-353)

El temor que en tiempos pasados sintió ha sido reemplazado por las ganas de ser ella. Aunque su rostro continúa pasando desapercibido, ahora Cecilia es una joven arriesgada y segura de sí misma, orgullosa de ser mujer. La seguridad, la estabilidad emocional y la claridad de pensamiento se reflejan en la fluidez de su lenguaje. Ya no la confunde ni le resulta difícil la expresión, tampoco teme ni duda de las palabras, las que no sólo emplea con seguridad sino que también las identifica consigo misma: “Palabras. Las saboreo, me sirvo de ellas como de un alimento, las asimilo hasta convertirlas en parte de mí misma, hasta convertirme yo en parte de ellas mismas” (: 361).

Comprende que el lenguaje no sólo es una actividad común y necesaria en el hombre sino que es la facultad humana que conforma y dirige el pensamiento. En este momento el lenguaje ha dejado de ser algo ajeno a ella: “La plenitud de las cosas es mi plenitud. Pero no se me muestra, no se me hace patente sino al través de la epifanía del idioma” (: 361).

El lenguaje se vuelve tan revelador que todo él lo entiende, incluso aquellas categorías del lenguaje que antes consideraba abstractas ahora le parecen claras y cercanas. Por ejemplo, entiende la relación entre el sustantivo y el adjetivo no como algo que sólo se queda a nivel del lenguaje, sino que llega hasta el referente:

La palabra es la boca con la que devoro al objeto. Así cuando pronuncio “calla” dejo de transitar por una extensión ajena para

fortalecerme con el tuétano de la realidad. Y añadido “oscura”, “fragante”, “solitaria”, “vacía”, “penetrable”, “íntima”, todo lo que la calle es para alcanzar a ser todo lo que yo soy. (: 361)

También es capaz de ver en los otros a semejantes y no a antípodas. Al reconocerlos de esta manera respeta sus ideas, sus acciones y sus diferencias. Si una vez les guardó rencor por haberla cuestionado tan enérgicamente, o los despreció por parecerles incomprensibles, esta vez les agradece su diferencia, sus preguntas, sus conversaciones y sus acciones audaces, pues sin éstas aún permanecería en un mundo ideal y su personalidad carecería de fortaleza:

Cada acto ajeno (que se continuó en un acto propio) desbastó las aristas en las que la ignorancia de mí misma daba remate a mi figura; corrigió un trazo demasiado abrupto, demasiado impreciso, demasiado convencional [...] me arrojó del fácil paraíso de los lugares comunes, de las frases hechas, para que yo lidiara con una fiera indómita, hasta doblarle la cerviz y aplicarle, al rojo, el hierro del único amo legítimo: lo que es exacto, lo que es necesario. (: 360)

No hay que dejar pasar el hecho de que Cecilia se absuelve de todo y de todos a los que ha conocido. No los niega porque sería tanto como negarse a sí misma, pero tampoco los afirma trayéndoles consigo todo el tiempo. Los libera de sí, realiza una acción de libertad para afirmarse:

[...] Encuentro que nada de lo que tuve ni de lo que no tuve, nada de lo que se me dio ni de lo que se me arrebató, ha sido superfluo [...] Que la decisión y la abstención, y la partida y la llegada, y la ausencia y la presencia conspiraban si cesar, cada una a su modo y con sus modos peculiares, para que adviniera la plenitud actual. (: 354-355)

La joven valora lo que fue, malo o bueno, aceptable o reprobable, lo que hizo, lo que creyó y a lo que aspiró, pues eso la ha llevado a ser lo que es ahora. Comprende que hasta el cambio más mínimo en su vida alteraría la persona que es.

Después de las tres fases de este rito de paso, presenciamos a una Cecilia arriesgada y segura de sí misma. La identidad no salvará a Cecilia de sufrir, ni de equivocarse, ni de fracasar, pero sí le dará fortaleza a su persona, le permitirá valorar lo que ha sido, así como decidir mejor. También es lo que le permite escribir, crear y reinventar lo que conoce.

Aquí es donde se prepara y donde ha de cumplirse mi nacimiento. El segundo, el verdadero, el que no se debió a una conjunción fortuita de casualidades [...] sino el que es mío, el que puede imputárseme como responsabilidad, exigírseme como tarea y reclamárseme como juramento. (: 364)

Referencias

Castellanos, Rosario

1997 *Rito de iniciación*. México, Alfaguara.

Rall, Marlene y Dieter Rall (editores)

1996 *Letras comunicantes. Estudios de Literatura comparada*. México, UNAM.

Turner, Víctor

1980 *La selva de los símbolos*. Madrid, Siglo XXI.

